

VIOLENCIA FAMILIAR:

Ayudando a la persona violenta

por Paul Tripp y David Powlison

“La gracia Dios se ha manifestado ... enseñándonos a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, y a vivir sobria, justa y piadosamente” (Tito 2:11,12).

El hecho de que 2 personas se sienten juntas en el templo durante el servicio de los domingos no impide que puedan agredirse con violencia una vez que se hallan en privado. El ministerio a las personas violentas requiere ministros de gran lucidez, llenos de conocimiento, gracia y verdad, dispuestos a intervenir con valentía. Los golpeadores (como los depredadores sexuales) son infractores de la ley, perversos y sumamente embaucadores. Aquellos que cometen violencia en el hogar necesitan de gracia: una gracia eficaz, transformadora y verdadera. A medida que se dispongan a renunciar y a verse reflejados en la verdad, a medida que abracen al verdadero Mesías, un cambio genuino es posible y seguro en sus vidas. Existen numerosos pasajes en la Escritura que hablan acerca del pecado de la ira y la violencia y de las maneras en que el Redentor trata con estos pecadores. ¿Qué debe considerar usted para que sus esfuerzos sirvan de ayuda a estos hombres (y a veces mujeres)?

Todos necesitamos de la gracia:

Los individuos violentos tienen mucho en común con otras personas, tanto con las que podrían ayudarlos como con las que resultan heridas por su culpa. Todos somos básicamente semejantes, según encontramos en 1ª Cor. 10:12-13. La hostilidad entre seres humanos puede manifestarse de muchas maneras: verbal, física y sexualmente, en las actitudes, y en los negocios. Asimismo, se presenta con distintos grados de intensidad, desde el malhumor y las pequeñas peleas hasta la agresión violenta y el homicidio. La naturaleza de la violencia familiar no difiere de la de otros pecados comunes. Esta similitud genera tanto confianza como humildad en aquellos que buscan ayudar a otros: si usted sabe cómo tratar con su propia ira, cuenta con buenos recursos para ofrecer a quienes están en la lucha. En alguna oportunidad aconsejé a una pareja que había tenido nada menos que una lucha armada en su hogar. El haber experimentado en lo personal el arrepentimiento de la cólera y el mantener una actitud crítica me ayudaron a entender a esta pareja y proceder con seguridad y firmeza. Un consejero que desea trabajar con personas violentas no es un ser inmaculado que se acerca a individuos pecaminosos. Somos personas que hemos hallado gracia, y vamos al encuentro de quienes la necesitan.

De igual manera, usted se encontrará con una relación entre dos pecadores y no con un monstruo sin posibilidad de redención que oprime a una inocente víctima que no necesita ser redimida. Dios estará trabajando en ambas vidas. Por lo tanto, examine detalladamente cada incidente de violencia. A menudo encontrará áreas en las que ambas partes necesitan de la gracia de Cristo para poder cambiar. Tal vez el hombre capte la mayor atención por el hecho de proceder con los puños; sin embargo, si se mira más profundamente, la mujer podría ejercer un uso hábil y perverso de la lengua de modo que incite a la violencia. Los arrebatos de violencia

generalmente representan la «gota que rebasa el vaso» cuando el abuso familiar es usual en el hogar en menor grado. Rastree los pecados que ambas partes tienen en común y también las manifestaciones individuales. Su deseo es ayudar a que la pareja crezca en amor, sabiduría y paz entre sí.

El velo de la evasión

Dado que las personas violentas eluden con facilidad y crean así una sombra de confusión, usted necesita conocer el comportamiento de los violentos. El pecado es engañoso; esto es lo que enseña Jeremías 17:9. Las personas violentas no sólo no se conocen a sí mismas, sino que impiden que otros las conozcan. Para ellas es común mentir y ocultar, y a menudo elaboran patrones de engaño. Suelen ocultar lo que hacen y en caso de fallar, tienden a restarle importancia a la gravedad del hecho. Si esto no llegara a resultarles, suelen inculpar a la persona golpeada, dando la imagen de víctimas inocentes y afligidas. De no funcionar esto último, se sumergen en la desesperación y el «arrepentimiento» para que los demás les tengan lástima. Tenga en cuenta las siguientes características del pecado, que comúnmente conforman el perfil de la persona violenta:

1.- Fundamental al acto de violencia es el egoísmo invasivo: gran parte de su vida está dominada por su propio placer, sus compromisos diarios, sus deseos, sus exigencias, sus antojos. En la consejería no se debe permitir que los pecados que aparecen a simple vista desvíen la atención de la perversidad que sustenta un estilo de vida caracterizado por la «impiedad y los deseos mundanos». A menudo, la conciencia de pecado es muy superficial: puede ser que el golpeador se lamente por sus reacciones esporádicas de violencia, pero rara vez reconoce que lleva una vida egoísta, ni suele reconocer las pasiones específicas que lo controlan.

2.- Espere encontrar intrincados y sutiles patrones de autoengaño. El abusador a menudo siente lástima por sí mismo: «Yo soy la verdadera víctima, y la furia es tan sólo mi reacción». Con frecuencia expresa la justa y buena opinión que tiene de sí mismo diciendo, «En verdad yo no soy así», o bien, «Sé que no debería hacer eso, pero...». A menudo exhibe una notable habilidad para dividir el corazón y vivir así una doble vida. Es posible que un hombre golpee a su esposa y luego, una hora después, se transforme y dirija un estudio bíblico con toda serenidad.

3.- Espere encontrar intrincados patrones de atracción engañosa. Las personas violentas (al igual que los depredadores sexuales) suelen ser seductores natos. Se ganan a la gente, incluso reestablecen la confianza de las mismas personas a las que maltrataron y traicionaron. Manipulan hábilmente a sus víctimas y a los que desean ayudar, empujándolos hacia un sentimiento de culpa y de responsabilidad: a los primeros, por lo sucedido y a los segundos, por no haber mejorado las cosas.

4.- Espere encontrar versiones engañosas de «confesión y arrepentimiento». Es como si quisieran engañar a Dios; pero por supuesto, sólo se engañan a sí mismos y a los demás. Parecería que usan las palabras evangélicas adecuadas o que expresan los sentimientos

apropiados, pero su «arrepentimiento» no suele estar centrado en Dios. Por el contrario, sólo expresa el remordimiento por haber dañado su propia imagen o su reputación frente a los vecinos. En realidad, este «arrepentimiento» alimenta el propio orgullo y temor en el hombre, que es el origen del pecado de la violencia en privado. Es común que las personas violentas hagan un mal uso de la gracia, o bien, no la entiendan correctamente. La gracia se transforma en algo «barato», y el supuesto arrepentimiento se convierte en una «carrera de obstáculos» que hay que sortear con el fin de aliviar la conciencia y recuperar el favor de los demás. Incluso se puede volver una herramienta del pecado, una solución rápida, a veces calculada, que barre los problemas bajo la alfombra. Puede ser que llore, ore y prometa que nunca más volverá a suceder, sin que se produzca ninguno de los cambios fundamentales que implican el verdadero arrepentimiento y la fe en Cristo: o sea, la transformación de la mente y un giro de 180 grados que llevan a un cambio de vida.

5.- Los golpeadores con frecuencia intimidan y manipulan a sus víctimas. La violencia genera miedo; es un instrumento de control. En ocasiones hasta resultará difícil obtener los hechos de boca de la persona golpeada. Es probable que ésta desee fervientemente preservar el momento de paz temporal que está viviendo, o que tema que su honestidad desencadene una represalia, o bien que haya sido amenazada «Si tu hablas, entonces yo te voy a...». Puede suceder que a la víctima le resulte sumamente vergonzoso tener estos problemas en el seno de su hogar, por lo que podría ser reacia a dar a conocer el grado de maldad. A todo esto se suma el hecho de que probablemente usted tenga que enfrentar un complot basado en el silencio de la familia, que sirve de protección al opresor.

Estas son tan sólo algunas formas que muestran la violencia familiar como un pecado «secreto». Usted deberá estar preparado para sacarlo todo a la luz.

La palabra de gracia en Jesucristo

Las personas violentas necesitan a Cristo; esta verdad se ve en Heb. 3:12-14. La corriente del pecado arrastra y aparta al ser humano del Cristo vivo. Este es un problema del corazón, y requiere atención diaria. Jesús, que entregó su vida por los pecadores, abunda en gracia y su gracia es eficaz.

1.- aspire a una reestructuración profunda del corazón y del estilo de vida. Los ajustes superficiales sólo logran que el comportamiento de la persona tenga mayor aceptación por parte de su núcleo social. Usted debe poner en evidencia las intenciones del corazón, que mueven al acto de violencia: las ansias de poder, control, dinero; la búsqueda de placer, confort, amor, respeto, entre otras. ¿Qué cosas se empeña en seguir haciendo obstinada y deliberadamente esta persona? Sus actos de violencia no tienen que ver con su esposa, sino consigo mismo y con las idolatrías que arrastró con él al matrimonio. Las personas violentas fingen ser un dios y luego se comportan como si fueran el diablo, en lugar de servir a Dios. Deben arrepentirse de sus pecados para con Dios, que son los que traen como consecuencia los pecados para con los demás. Tanto el comportamiento como las motivaciones hostiles deben quedar al descubierto (ver Sant. 3:5-12,14-16; 4:1-4,6,11-12).

2.- Propóngase solucionar las manifestaciones secundarias de los principales pecados y reacciones. Por lo general, la crítica, la queja, la irritabilidad, las pequeñas peleas y las discusiones preceden al acto de violencia y suelen ser manifestaciones externas que comparten un origen común en el corazón. Las personas que aprenden a arrepentirse de la queja, y por ende cultivan la gratitud y la satisfacción en Cristo, casi no tendrán necesidad de arrepentirse de la agresión y el maltrato.

3.- Presénteles al verdadero Cristo vivo. Jesús abunda en compasión, mas su ira es terrible. Las personas violentas necesitan conocer el amor de Cristo. Si bien merecen la ira de Dios, Él en cambio entregó al Cordero. Jesús amó a los pecadores, a los impíos, a los malos, a los débiles, a los enemigos de Dios. Él murió para que los que viven, ya no vivan para sí mismos. Dios ofrece gratuitamente gracia y sabiduría de lo alto (Sant. 1:5,17; 3:17; 4:6,10). La gracia eficaz y correctora se encuentra a disposición de todos los que la necesitan. Pero es preciso que las personas violentas aprendan a temer la ira del Señor. Él es celoso y santo (Sant. 4:5,12). Una persona que comete un acto de violencia vive sin temor del Señor; actúa y reacciona como si Dios no existiera. Mas en verdad, «todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquél a quien tenemos que dar cuenta» (Heb. 4:13). Comenzar a vivir en forma transparente significa llevar una vida sin la **privacidad** de la que depende la violencia.

4.- Lleve a la persona violenta a un arrepentimiento centrado en Dios (Sant. 4:6-10). Lo más importante son los cambios internos. Compare el «arrepentimiento» manifestado por la persona con el verdadero arrepentimiento. Los Salmos 50 y 51 permiten diferenciar un arrepentimiento centrado en Dios de uno que no lo es. Conocer al Cristo del evangelio significa reordenar todo el ser interior de manera que el pecado ya no triunfe en la vida. No se conforme con menos. Los que buscan, encuentran; los que creen, reciben el Espíritu Santo. La pregunta es: ¿Cómo saber que ha habido un verdadero arrepentimiento? Usted se dará cuenta. El tiempo siempre se encarga de confirmar la legitimidad de las cosas. Usted observará cambios radicales en las relaciones de estas personas, primeramente con Dios, y luego con los demás.

5.- Ayude a los creyentes arrepentidos a asimilar las alternativas prácticas, pacíficas y afectuosas de las que puede hacer uso, en lugar de manipular, culpar al otro, intimidarlo y recurrir a la violencia (Sant. 3:13,17-18). Las personas son capaces de aprender a escuchar, a preguntar, a pedir perdón, a detenerse y tomarse un tiempo, a pedir ayuda, a demorar la toma de decisiones, a ser dadivosos: todas éstas acciones que son fruto de la sabiduría que viene de lo alto. El amor puede reemplazar no sólo los momentos de violencia, sino también el egoísmo y la obstinación que antes invadían el estilo de vida. No hablamos de perfección, sino de progreso. Un corazón cada vez más entregado es una vida en la que cada vez hay menos lugar para el odio y la agresión.

6.- Emplee los recursos de la comunidad de Cristo (Sant. 5:19-20 y Heb. 3:12-14). La persona que se arrepiente de la violencia necesita más que una consejería «formal» una vez por semana. Necesita aprender la honestidad absoluta y dar razón de sus actos; necesita que se le recuerden las cosas; necesita recibir ánimo y oraciones de intercesión; necesita modelos para seguir; y también necesita exponerse diariamente a la luz. Jamás tuve conocimiento de que un

incidente de violencia familiar sucediera públicamente durante el servicio en la iglesia o mientras la persona se encontraba hablando por teléfono con el pastor o con su líder de estudio bíblico. Ayude a la persona violenta a salir de sus escondites y a vivir en la luz. El pecado crece en los rincones oscuros; la rectitud prospera a la luz del día. Una persona que ha efectuado un cambio en su interior hacia Cristo, deseará rendir cuentas voluntarias al pueblo de Cristo, con el propósito de crecer en la humildad y de que sea salva de sí mismo.

¿Cómo ayudará usted a las personas que cometen violencia en el hogar? Ellas necesitan reordenar su ser interior de forma tal que busquen y lleguen a conocer al Cristo del evangelio. Sin el fundamento de una relación viva con Cristo, será imposible que ni usted ni los demás hagan lo suficiente para que deje la violencia. Por el contrario, cuando los pecadores violentos abrazan el amor de Jesucristo, la doctrina, la mirada introspectiva, la estructura, el planeamiento, el compromiso, la comunidad y el consejo, se transforman en canales por donde fluye y se manifiesta la gracia eficaz de Cristo.